

CONCIERTO DE LAS SOMBRAS

Desde mi balcón, la ciudad era un pentagrama caótico. Los edificios, como notas desafinadas se alzaban al azar, excepto una ruina imponente que al caer el sol se transformaba en un teatro de arte antiguo. Allí, sobre una plataforma parecía diseñada por un arquitecto con delirios de grandeza, *ella* aparecía siempre, puntual como un compás bien marcado.

La cámara era mi instrumento, mi pasión. Con cada disparo fotográfico componía una sinfonía visual, donde *ella* era el tema principal, una figura en fuga que se movía entre las sombras como si bailara al compás de las obras de Telemann. Los colores del atardecer hacían las veces de los colores del sonido de la flauta, el viento silbante era un oboe y las grietas en las paredes se convertían en un bajo continuo que narraba el paso del tiempo con una solemnidad casi humorística. Era como si la edificación misma supiera que estaba interpretando su propio réquiem.

Cada foto era un acorde. A veces mayor, brillante y lleno de luz, otras veces menor cargado de melancolía. Y sin embargo había en todo aquello algo ridículo: un equilibrio precario entre lo sublime y lo absurdo. Horas fotografiando a alguien que no sabía que era observada, un poco de humor que no suavizaba la obsesión, solo le añadía una ironía punzante, como el comentario de un espectador que no puede evitar reírse en medio de una tragedia.

Con el paso de los días, los momentos se resumían. La figura parecía estar siempre allí, desafiando las leyes del tiempo. Como si no viviera en horas, sino en compases. En mi mente, *ella* era una ninfa atrapada en la composición de una sinfonía interminable. Mis fotografías al ser reveladas, eran algo más que imágenes: eran partituras visuales que intentaban descifrar su melodía interior. Y cada vez que las colocaba en el piso de mi apartamento para observarlas, escuchaba risas en mi mente. No las suyas, sino las mías: un eco burlón de mi propia obsesión por capturar algo que, como la música era efímero.

La revelación llegó como una nota de música juguetona e inesperada. Una madrugada, mientras revelaba el último rollo y colgaba las fotos en una cuerda en mi cuarto oscuro, noté un patrón en las fotografías: las sombras de las grietas, los juegos de luz, incluso la postura de su cuerpo componían algo reconocible. Era mi rostro, caricaturizado y desbordante, como si la propia cámara se burlara de mí. *Ella* no era otra. *Ella* era yo. O mejor dicho, una versión mejor orquestada, un personaje diseñado por mi inconsciente para obligarme a escuchar mi propia sinfonía interna.

El edificio, ahora, era una clave de *Fa* situada en la tercera línea del pentagrama que marcaba los graves de mi existencia. *Ella*, mi reflejo danzando todavía en las fotografías como una variación perpetua, un canon infinito de significados. Y yo, atrapada en la ironía comprendí que había estado componiendo la música de mi propia fábula.

Mientras tanto, en mi mente, *Georg Telemann seguía sonando*.

JRM

